

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III.—Tomo III

Montevideo, 10 de Septiembre de 1897

Número 55

REDACCION:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Pettit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DIAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Capital, por mes.	\$ 0.50
En el exterior.	1.00
Número suelto.	0.10

CENTROS DE SUSCRIPCION:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario"—Joya Literaria, de Cúspiera, Tetz y C^a

ADMINISTRACION:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

NUMARIO:—CONFIDENCIAS EPISTOLARES: CHILE Y EL URUGUAY LA «REVISTA NACIONAL» Y DON ANTONIO DE VALBUENA, por Federico P. del Solar.—DOS CARTAS ARGENTINAS, por Alejandro P. Echeverría y Adolfo Valderrama.—ACTUACIONES HISTORICAS, por Carlos Martínez Vigil.—LOS PRIMEROS POBLADORES, por Juan Gregorio de Mora y Sarratea, por Pedro Costa.—INDIA, por Emilio Fernández.—ECUADOR, por José Christopherson.—EVOCANDO EL PASADO, por Luis Barrios.—LA LITUALIDAD, por Nicolás Pignolo.—EN SU ALICIA, por José Antonio Pardo.—SONETOS ARGENTINOS.—INDICACION LEGAL, por el doctor José Ferrando y Ocampo.—SOLUCIONES.

CONFIDENCIAS EPISTOLARES

CHILE: I. EN URUGUAY.—LA «REVISTA NACIONAL» Y DON ANTONIO DE VALBUENA.

Santiago de Chile, 7 de agosto de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Señor i amigo de toda mi distincion:

La hermosa i erudita carta confidencial con que he sido honrado por Vd. ha sido reproducida con entusiasmo en «Los Lúnes» i en «La Libertad Electoral» de Santiago i en «La Union» de Valparaiso, i a fe que hacen bien estos periódicos. No es el loco de Valbuena para ellos el asunto principal, ni tampoco para mí: todos vemos reflejados en la carta de Vd. el noble esfuerzo de los directores de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES para acercar a los chilenos a los uruguayos, que hemos estado separados literario, comercial i socialmente por muchos años. Como lo estamos con los argentinos, i con los argentinos, especialmente con los de Montevideo, que son los que más me interesan, me da mucho gusto que mis amigos de Valparaiso, Santiago, que más me interesan, me traigan i del Transvaal, que de nuestros her-

manos por la sangre, por los usos i costumbres i por nuestras comunes glorias.

Debe tener Vd., amigo mío, la satisfaccion de haber contribuido, mucho mas de lo que Vd. tan modestamente declara en la REVISTA, a acercarnos, cuando dice: «Por mi parte, yo me enorgullezco de haber contribuido, si bien en pequenísima esfera, a esa unión más estrecha cada día entre nuestras naciones, unión cuyas felices consecuencias en lo futuro apenas si podemos hoy vislumbrar.» ¡Hermosas palabras, seguidas de hechos positivos, que me constan, pues desde la infancia de la REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES, ese brillante órgano de la literatura oriental, de que Vd. es uno de sus principales directores, he seguido paso a paso el movimiento literario que se opera, atrayendo Vds.: a muchos escritores de mi país, entre los cuales me ha considerado Vd. tambien a mí, como si fuese digno de figurar al lado de Eduardo de la Barra, de Amunátegui, de Valderrama, etc. De los escritores de Colombia mencionará a José Rivas Groot i Abraham Z. López Penha; de Venezuela, a Manuel Díaz Rodríguez, Andrés A. Mata, Eloi G. González, del Perú, al muy conocido autor de «Tradiciones», Ricardo Palma, a Enrique López Albujar i Clemente Palmés; de Cuba, residente en Colombia, a Rafael M. Merchán; de Costa Rica, al autor del «Diccionario de Barbarismos», Carlos Gagini; de San Salvador, a Isaias Gamboa; del Ecuador, a Joaquin Gallegos del Campo; de Bolivia, a Tomas O'Connor D'Arhach. De Chile, a mas de los nombrados, figuran entre los colaboradores de la REVISTA, Pedro Pablo Figueroa, Carlos Cabezon, Carlos Newman, Enrique Nercasseau i Moran i otros; de la Republica Argentina, Rafael Obligado, Leopoldo Diaz, Casimiro Prieto, Anjelica Cómbez, José Pardo, Carlos Ortiz, etc.; i, por fin, ¡para qué nombrar aquí a los valientes caudillos del pensamiento que bregan incansablemente en la direccion de la REVISTA NACIONAL, CARLOS I DANIEL MARTÍNEZ VIGIL, VÍCTOR PÉREZ PETTIT, JOSÉ ENRIQUE RODÓ, seguidores de esa cohorte de inteligencias nacionales, entre los que mencionaré en primera fila a Juan Francisco Piquet i a Daniel Granada, que aunque de orijen español el segundo, puede considerarse, no obstante, uruguayo o argentino por su larga residencia en el Salto del Uruguay i por sus importantísimos trabajos literarios «Diccionario Rioplatense» i su «Resena Literaria» descriptiva de antiguas i modernas repúblicas del Rio de la Plata. Pero, como me interesa especialmente a los uruguayos, me permito decir que he seguido con mucho interés, desde la fundacion de esta revista, hasta el punto de haberme interesado en los pocos jóvenes que hicieron morar el polvo a la poderosa Es-

paña, su patria; a ese país donde nunca se ponía el sol, ¡tal era de vasto su territorio! ¡i qué le queda a España de su antiguo esplendor? Cuba, que luchando arduosamente por su independencia, en la que tenemos fe ciega los americanos, al fin la obtendrá con su pujanza i la santidad de su causa; las Filipinas, tambien convulsionadas, i donde arde en estos momentos un inextinguible volcan, que acabará tarde o temprano por desmenuzarse mas aun a la orgullosa madre patria, i, por último, ¡para qué quiere mas! su Academia de la Lengua, llena de telarañas, de orin, i con su «chupa de dómíne hecha jirones por las incurias del tiempo, sin avanzar un tranco en el progreso del siglo. ¡Para qué viene a remover Valbuena las cenizas del pasado? ¡Por qué despierta recuerdos desagradables que sublevar nuestro amor patrio, siendo esos hijos ya largo tiempo emancipados i teniendo por España aprecio, respeto i gratitud por la acogida que se les hace en la Península! ¡i cosa admirable! los descendientes del Cid se abrazan con los del mundo de Colon, descendientes de Moctezuma, de Atahualpa i de Cauçolican!

¡Conoce Vd., amigo mío, ese nuevo personaje de orijen inglés, que no há muchos años figura en los círculos estranos, vestido rigurosamente de negro, de frac, sombrero de copa alta calado a lo doctrino, con un superlativo lazo de blanca corbata de piqué, i que sirve de segundo caricato, o mas bien dicho, no sirve de nada; que sin desplegar los labios recorre la arena, ca pesadamente con su humanidad en tierra, se levanta torpemente, se acupilla la topa i el *coferto*, toma parte en las operaciones de preparar las maromas, garfios, trampolines, alfombras i jergones de mulleda estopa para la caída de los volatines, que deben ejecutar las arriesgadas pruebas; que descomponen, perturba i revuelve las operaciones, ya listas, de los mozos verdaderamente útiles? Este ser degradado, mudo, ridiculo, defenestracion del llamado *payaso*, se denomina *tony*. El payaso trabaja, hace saltos mortales, ejecuta pruebas difíciles de equilibrio, es hasta músico i acróbata consumado, hace reír, por burdas que sean las necesidades que profiere. El *tony* imita ridiculamente las pruebas del payaso i se tumba bruscamente, dándose descomunales costales; empuña su escobilla; se limpia el traje con flemas estocica, buscando una sonrisa de aprobacion en su público. Este apuro es para su atencion en el infamia. Cuando el auditorio está pendiente del bellísimo equilibrio de un payaso, ¡cuando se está pendiente del *tony*, como cuando se está pendiente de la aparicion de un espectáculo tan bello como el entremés que sirve de entrada a los actores i bailarines se trepa al redondeo; camina por encima de él como podría hacerse en la

próximo a solidificarse, se vierte en el hueco formado por los bordes del lienzo y se espera que el yeso esté duro, succido lo cual se quita el lienzo y se saca la pieza ennegastada en el yeso; se vuelve y se tiene la huella tal como estaba en el suelo. Así se obtiene el molde en yeso que será el positivo, positivo que como se ha visto se obtiene vertiendo el yeso desleído sobre el negativo producido con la esterlina. Colocado el molde de yeso en una caja de madera y envuelto en algodón en rama, se le remite a disposición del juez.

El mismo procedimiento se emplea para obtener las huellas dejadas por las armas u otros objetos, una llave, un bastón, etc.

Cuando la huella se encuentra en un terreno muy blando o muy tenue, como sucede con la huella dejada en el polvo del camino, ésta se copia y se saca con un negativo que se obtiene con la gelatina; pero esta sustancia tiene el inconveniente de retraerse al poco rato, por lo que se aconseja sacar el positivo lo más pronto posible en yeso. Para sacar el modelo ó copia se echa la gelatina reblandecida, en agua caliente en la cavidad de la huella, y una vez cuajada, con un cuchillo se desprende por todo el contorno y se levanta, quedando así en la parte inferior impresa la huella con todos sus accidentes y pormenores. Para obtener el positivo en yeso se deslece éste en una caja de madera, y cuando está para cuajarse, se aplica encima la pieza de gelatina, después de haberla untado de aceite por la cara que tiene la huella; se aprieta con el yeso, y una vez solidificado éste, se saca el negativo de la gelatina quedando el positivo en el yeso.

En algunas partes se aplica también la gelatina sobre el hielo, para obtener un negativo de las huellas; aunque en este caso verdaderamente casi no se necesita usar la gelatina, pues la misma nieve se endurece.

Estos vestigios pueden ser á veces de gran utilidad. En nuestro país es bien conocido el hecho de haberse descubierto un criminal por las huellas del caballo que estaba herrado, pues en el paraje donde tuvo lugar el crimen no había más que dos caballos herrados.

5. *Determinar si las lesiones que presenta el cadáver han sido hechas durante la vida ó después de la muerte.*—La suma importancia de esta cuestión se comprende, pues unas heridas pueden ser hechas antes de la muerte y otras después. Supónganse los dos casos siguientes: un individuo que se cae de un balcón y después se le encuentra con heridas; y un individuo á quien se mata y después se le arroja de un balcón simulando un suicidio. En estos dos casos hay que determinar cuáles lesiones han sido hechas primero y cuáles después de la muerte.

Pueden los peritos resolver esta cuestión con la claridad que las leyes necesitan? En general, sí; en particular, no. Si estas lesiones han sido realizadas cuatro ó cinco horas después de la muerte, es difícil distinguirlas de las hechas por caracteres determinados por el tiempo. Si las lesiones se hicieron en un espacio de tiempo que va desde una hora hasta un día, es imposible haber sido hechas una hora u otra y media después del fallecimiento de la víctima.

Con todo, hay muchos signos que permiten apreciar y distinguir estas diversas clases de lesiones. Les lesiones en el individuo vivo tienen el carácter siguiente: la sangre que de ellas emana se coagula después de la muerte, infiltrándose en los tejidos; mientras que en una herida inferida después de la muerte, la sangre corre; en la persona viva los bordes ó labios de la herida se retraen, mientras que en el muerto no existe esa retracción de los tejidos ó si existe es poco aparente y enérgica, desapareciendo si la herida ha sido inferida después de algunas horas de acaecida la muerte. Se citó en clase el caso de que en un homicidio se determinaron con toda exactitud los datos de las diversas lesiones, merced á la mayor ó menor retracción de las heridas, pues encontraron desde los bordes muy contraídos hasta las de aberturas superficiales sin el menor signo de esa misma retracción, siendo lisas como una superficie. Por consiguiente, cuando hay varias heridas se determinaría cuáles hubieran sido hechas primero y cuáles después de la muerte.

Otro dato estaría en la existencia ó no existencia de hemorragias. La herida en una persona viva produce, si interesa las arterias, una hemorragia importante, lo que no sucede en el caso contrario, por la sencilla razón de que en el individuo muerto desaparece por completo la sangre de los conductos arteriales, dando esto lugar á que antiguamente se creyera que las arterias no contenían sangre, considerándose las como meros conductos respiratorios. Supóngase entonces que una arteria pequeña como la intercostal haya sido dividida por una herida y que se encuentra gran hemorragia interna; esto hará suponer necesariamente, que esa herida ha sido producida en vida; mientras que tomándose el caso contrario, el que se haya cortado una arteria importante y que no se encuentren vestigios de hemorragia; todo ello conducirá á declarar que esa herida ha sido producida estando ya muerto el agredido.

Cuando los miembros cortados de un vivo se arrojan al agua, palidece la herida; pero, según Devergie, vuelve á recuperar el color que tenía en vida, cuando se les saca fuera del líquido.

III

Manchas de sangre.—I.—Es más difícil de lo que se cree cometer un crimen sin dejar vestigios de ninguna especie, pues por más precauciones que se tomen, siempre por algún descuido inexplicable y providencial, quedan signos, como manchas de sangre, etc. ya sobre el cuerpo, ya sobre los objetos, debido á la precipitación con que se procede; detalles, que, si bien insignificantes en apariencia, son la base sobre que descansa la averiguación total del delito. Y esto no puede ser de otra manera: la persona que hiera á otra con un arma que obre directamente, se expone á que el impulso de la misma sangre, al moverse y llegar á los centros de las ramas de la arteria, se efectúe una hemorragia que se precipita en las paredes y á consecuencia de esto, se escar de las precauciones, á daras penas se

escapan de los vestigios que esas cañicerías originan. Taylor cita entre otros el caso de un Fulano que para ejecutar el crimen se desnudó completamente á fin de que sus ropas no le delatasen; pero tuvo la poca suerte de que al vestirse, su cuerpo manchado de sangre manchó á su vez las ropas, pues no dió en lavarse después del crimen. Con esto se ve que todas las precauciones son pocas en estos casos.

Las manchas de sangre son, pues, un detalle precioso para la averiguación de esos hechos. En la verificación de las manchas se interviene de dos maneras: unas veces el Juez las busca; en otras, ordena al perito que las busque.

El estudio de las manchas de sangre tiene lugar, ó ya en el examen de los lugares, ora en los individuos y en los objetos que á éstos pertenecían, ya en las armas que se suponen han servido para esos objetos; en una palabra, se estudian en todo aquello que ha rodeado al crimen.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

(Continuará.) Pág. 148.

SUETOS

Ha merecido los honores de la reproducción en «La Libertad Electoral» de Santiago, uno de los más reputados diarios de Chile, el estudio que acerca de la personalidad de don Miguel Luis Amunátegui y de su obra «Cuadros Antiguos» publicado, en uno de los últimos números de la REVISTA, Carlos Martínez Vigil.

A propósito también de ese trabajo, el Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago, doctor don Domingo Amunátegui Solar, hijo de aquel insigne publicista y hombre público, y á su vez distinguidísimo escritor, ha dirigido á nuestro compañero de Redacción una atenta carta, de la cual tomamos el siguiente párrafo:

«He leído con muchísimo cuidado algunos de los artículos sobre todo, como puede Vd. suponerlo, el dedicado á «Cuadros Antiguos», y he quedado persuadido, con tan brillante muestra, de que en Chile no estábamos engañados cuando creamos que los escritores del Uruguay honran á nuestra América. Por mi parte, que lo llevo de agradecimiento por los buenos conceptos que Vd. emite sobre el libro de mi padre.»

Á la persona que se ha servido remitir á esta redacción la pieza suscrita con el pseudónimo de *Orsonia Ayarza*, le rogamos que digno darnos su verdadero nombre, pues el programa de la REVISTA ha advertido oportunamente que esta publicación sólo acepta trabajos firmados con el nombre de sus autores.

